

# UN VALIOSO TESTIMONIO SOBRE LA MADRE ANTULA

Tenemos nuevamente (1) la satisfacción de publicar un documento inédito que acredita la singular santidad y el eximio apostolado de aquella gran mujer santiagueña, que sus contemporáneos llamaron cariñosamente Madre Antula y la historia apellida Sor María Antonia de la Paz y Figueroa.

El documento que vamos a reproducir se halla mechado en una voluminosa obra que se intitula: "Diario de la Expulsión de la Compañía de Jesús de la Provincia del Perú", escrita por un individuo de la misma, aunque en verdad, es una miscelánea de diversos temas referentes, así a la expulsión de los Jesuítas del Perú, como a la vida y actividades de los mismos, en tierras italianas. La mencionada obra comprende tres tomos en 8º, todos ellos escritos a mano, de autor desconocido, y se conservan en la Biblioteca Nacional de Florencia (Italia): Nuovi Acquisiti 151. Estos datos, como también el conocimiento y la transcripción de la parte referente a Sor María Antonia, los debemos al historiador peruano Padre Rubén Vargas Ugarte.

En el tomo segundo de este manuscrito, capítulo XXX, folios 497-499, se leen estos párrafos escritos por el anónimo autor, en Bolonia, y con posterioridad al año 1784:

*"Por estos días llegó una novedad extraordinaria que llamó la atención de todos. Vino ésta en una carta escrita del*

---

(1) En 1929, y en la revista "ESTUDIOS" (t. 38, ns. 215-216) publicamos doce cartas inéditas de María Antonia de San José. En la introducción a dichas cartas dimos también a conocer que la nota que existe al principio de la carta que, a 26 de mayo de 1785, escribió María Antonia, es de letra del Padre Domingo Muriel. Así lo pudimos comprobar en el Archivo de Loyola, que es donde se encuentra esa carta con la nota de referencia. El que ésta proceda de un hombre de la talla moral e intelectual del Padre Muriel, y sea, por otra parte, tan elogiosa de María Antonia, hace que sea, a nuestro ver, uno de los argumentos más sólidos de la virtud de aquella mujer singular. En nuestro libro *Los Jesuítas: 1540-1940*, Buenos Aires 1942, pág. 193, publicamos las elogiosas frases del paraguayo Francisco Javier Echard. Lamentamos que los biógrafos posteriores de María Antonia hayan pasado por alto estas nuestras contribuciones.

Paraguay y se reducía a dar noticia de una Beata de la Compañía de Jesús que en todo aquel Reino se ha merecido con muchísima razón el glorioso título de Apóstola. Pondré aquí en breve todo lo que por muchas cartas posteriores se ha sabido, escritas todas ellas por sujetos dignos de toda fé, los cuales nos han dado individual noticia del apostolado y vida, en extremo ejemplarísima, de esta mujer. Su nombre es de Antuca que es lo mismo que Antonia y comunmente la llaman la Beata de la Compañía de Jesús, así porque va vestida de sotana y manteo largo, como iban los Jesuitas, como por haberse dedicado al ministerio de dar, a todas especies de gentes, los Ejercicios de N. P. S. Ignacio. Va siempre descalza y cuando sale de casa, o va por los caminos, lleva siempre en las manos una cruz, como la que usaban los Doctrineros Jesuitas. Su comida se puede verdaderamente llamar un continuo ayuno, pues apenas llega a 4 onzas su cotidiano mantenimiento. Duerme muy poco, y siempre en el duro suelo, maltratando continuamente su cuerpo con rigurosas disciplinas, cilicios y otras mortificaciones. Es casi continuo su trato interior con Dios, por medio de la oración: siempre modesta, afable y alegre, muy conforme con la voluntad de Dios y alabando siempre su Divina Providencia. Un sujeto que, poco ha, vino de Buenos Aires a Roma, asegura que es suma la veneración en que está tenida en todo el Reino del Paraguay, por su gran virtud y allí es voz constante que el Señor, por medio de esta su Sierva, obra muchos milagros, especialmente de multiplicar los víveres para mantener a las muchas personas que, por 8 días, se retiran del mundo para hacer Ejercicios Espirituales de S. Ignacio.

A este ministerio verdaderamente apostólico de dar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, se dedicó toda con el mayor fervor, desde que los Jesuitas salieron desterrados y, en el día, lo está haciendo con indecible fruto de muchos y con aplauso y asombro de todos. Es grande la reforma de costumbres que ha hecho en la ciudad de Buenos Aires y, a la fama del fruto visible que en ella se experimenta, acuden a esta ciudad muchísimas personas de fuera de ambos sexos, sólo a fin de hacer los Ejercicios. Ha conseguido que las señoras más principales y, entre ellas la Excm. Virreina, vayan a servir a la mesa a las mujeres que hacen los Ejercicios, y Comunidades enteras de religiosas se han movido a entrar en Ejercicios, lo que nunca habían podido obtener los Jesuitas. Según las cartas más recientes de Buenos Aires en sólo esta

*ciudad llegan al número de 17.000 las personas que por el espacio de algunos años han hecho los Ejercicios a dirección de la B. Antula con indecible fruto de sus almas... En carta de Buenos Aires del 83 se dice que el Obispo de dicha ciudad, hoy Arzobispo de Santiago de Galicia, Fr. Sebastián Malvar, del Orden de S. Francisco, se la quiso traer a España por la grande opinión que tiene de su santidad.*

Tal es el fragmento del documento, transcrito por el Padre Rubén Vargas, y decimos fragmento no sólo porque lo es de una extensa obra en tres volúmenes, como ya anotamos, sino también porque, según nos informa este historiador, suprimió él una larga página que creyó de escaso interés. A dicha página responden los puntos suspensivos, que se han consignado y en el texto transcrito y en esa página omitida, el anónimo autor prosigue:

*Se refiere a cómo la Beata sostiene esta obra de los Ejercicios Espirituales en Buenos Aires, que ya los mismos insuñían fuertes gastos; sólo de alquiler de la casa le costaba al año 650 escudos y el número de ejercitantes no baja de 100 y llegaba a 200, a veces, en lo cual se conocía la mano de la Providencia. Se agrega que tenía el proyecto de erigir en el Paraguay, Colegios de Religiosas de la Enseñanza y había escrito a Madrid para obtener la licencia. Añádese que en los principios se le opusieron muchos y hubo de sufrir serias contradicciones, pero ya habían terminado por admirarla. El Obispo del Tucumán la estimó mucho y en la primera visita de su diócesis quiso que ella fuese delante, disponiendo a la gente con los Ejercicios”.*

Quienquiera que conozca los hechos relacionados con Sor María Antonia de la Paz y Figueroa, reconocerá el singular valor que tienen las noticias que acabamos de consignar. Algunas de ellas son enteramente nuevas y arrojan, por ende, nueva e inesperada luz sobre la vida apostólica de aquella gran mujer. Analicemos el documento:

1. “*Por estos días...*” Esta frase tan vaga ha de referirse a algún año posterior al año 1784, ya que en febrero de 1784 abandonó Monseñor Malvar el Río de la Plata para ocupar la sede arzobispal de Santiago de Galicia. Si ya ocupada Mons. Malvar esa sede, cuando escribía el autor anónimo, hemos de convenir que fué después de 1784.

2. “*Carta escrita del Paraguay...*” No se indica la fecha y el autor de esta carta, pero el hecho de que hasta la época, en que se escribió, el número de Ejercitantes no había pasado de los 17.000,

hemos de convenir en que se escribió a mediados de 1780, primer año de apostolado de Sor María Antonia en la ciudad de Buenos Aires. La misma Beata, en 16 de octubre de ese año (2) escribía:

“Para honra y gloria de Dios llegarán a 30 mil los que han entrado en los Ejercicios dados por la Providencia Divina; puede haber equivocación en este cómputo y ser 20 mil”.

Tal vez el autor de la carta, a la que se hace alusión y que fué la principal, ya que no única fuente de información, de la que se extractaron las noticias, sea Don Ambrosio Funes. Es no sólo posible, pero hasta probable, que sea el largo escrito que sobre el tema había escrito o había prometido escribir aquel caballero cordobés, y creemos que habíalo ya remitido al Padre Juárez, con anterioridad al 15 de marzo de 1781, aunque todavía no había llegado a manos del destinatario.

3. *Beata de la Compañía.* La Compañía de Jesús jamás ha tenido, como otras Ordenes Religiosas, su respectiva rama femenina, pero desde tiempos remotos ha habido mujeres que se han llamado Beatas de la Compañía. En el Río de la Plata y Tucumán las hubo desde principios del siglo XVII. “Hay aquí, escribía en 1654 el Padre Lorenzo Sobrino, refiriéndose a Santiago del Estero, un gran número de vírgenes consagradas a Dios, que viven fuera del claustro, y que se llaman Beatas. No son inferiores a las monjas claustradas, tanto por su fervor en la virtud, como por su modestia y recogimiento”. Muchas de ellas eran dirigidas por los Jesuítas, y se parecían a ellos en sus ideales espirituales y aun en su exterior. A 23 de septiembre de 1679 escribía el General de los Jesuítas, Padre Juan Pablo Oliva, y sintetizando noticias remitidas a él, escribía: “Escribeme V. R. que en Buenos Aires, y en otros puntos, habrá cuarenta años, que se ha introducido un género de *Beatas* que llaman de la Compañía; hacen voto de castidad, visten sotana negra con toca y manto de anascote, viven en sus casas con grande ejemplo y comulgan dos veces a la semana en nuestra iglesia y son las personas más nobles y ejemplares de la ciudad”. Durante todo el siglo XVII y hasta la época de la expulsión de los Jesuítas (1767) fueron numerosas las *beatas* llamadas *de la Com-*

(2) Cf. José María Blanco, *Vida documentada de la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa*, Buenos Aires 1942, pág. 119. Todas las cartas, que citamos, pueden verse en esta obra, o en la recopilación que, con el título de *Apuntes biográficos, cartas y otros documentos referentes a la Sierva de Dios María Antnia de la Paz y Figueroa*, publicó en 1933 el Padre Justo Beguiriztain.

pañía. Recientemente se ha ocupado de este punto el Padre Justo Beguiriztain en sus notas a la *Vida de Sor María Antonia de la Paz*, por Monseñor Marcos Ezcurra, Buenos Aires, 1947, p. 17-18.

4. "*Muchas cartas posteriores*". Como se colige de esta frase, aunque el autor se basó fundamentalmente en una carta extensa y toda ella dedicada a la labor de María Antonia, conoció muchas cartas posteriores que confirmaron y ampliaron lo que consignó aquélla, y esas cartas debieron de ser de los tres años 1781-1784. Fueron de Don Ambrosio Funnes algunas de esas cartas, sino todas, como la que en 7 de octubre de 1784 remitió este caballero al Padre Juárez: "Para que, desde luego, conste a Vd. que le escribo, y escribía Juárez a 12 de julio de 1785, con toda sinceridad, y que justamente ha sido de todos estimada su carta, le participo, casi con propia vanidad, de que ha sido ésta traducida en varias lenguas, para que disfrutasen de las apreciables noticias que nos da nuestra señora doña María Antonia de San José, y de los Ejercicios, los sujetos de diferentes naciones, que deseaban leerla. Se ha traducido en latín, para enviarla a Alemania, y principalmente a la Rusia Blanca, donde está en todo su vigor la Compañía de Jesús, y en francés para la Francia, y para estas ciudades en lengua italiana".

5. "*Su nombre es de Antuca*", escribe el autor y agrega que esa expresión "es lo mismo que Antonia", y más abajo no escribe Antuca sino Antula. Aún hoy día, en Santiago del Estero, se recuerda a la Beata con ese apelativo, y aun con el de "mama Antula" Cf. R. Rojas, *Historia de la literatura Argentina*, Buenos Aires 1918, t. 2, pág. 371-373.

6. "*Va vestida de sotana y manteo largo, como iban los Jesuitas*". El Padre Fray Julián Perdriel, en su Oración fúnebre dijo de la Beata que: "a los quince años de su edad hace votos en presencia de los altares y viste el hábito del gran Ignacio de Loyola, para buscar, como él, la mayor gloria de Dios". El parecido en la sotana no era difícil y tal vez fué grande, teniéndola sujeta con faja como ha sido costumbre de los Jesuitas, pero el manteo que es una capa larga con cuello, usada otrora por los estudiantes y, aún hoy día, por algunos eclesiásticos, debió de diferir no poco de la forma que lo usaban los miembros de la Compañía de Jesús, ya que en el caso de María Antonia no estaba sujetado al cuello sino que caía desde la cabeza, y estaba sujeta a la toca, como se puede ver en el óleo de 1799.

7. "*Va siempre descalza*". Este aserto confirma lo que se creyó una expresión de énfasis oratorio en labios de Fray Julián Per-

driel: "Murió la señora Beata María Antonia de San José... Ya no la vemos andar por esas calles, los pies descalzos, cubiertos de polvo..."

8. "*Lleva siempre en la mano una cruz, como la que usaban los doctrineros Jesuítas*". En 1753 escribía el P. Marimón: "Cuando salimos a Ministerios de confesar enfermos, o visitarlos, o ayudarlos a bien morir, vamos con sobreropa (porque aquí [en las Reducciones indígenas] no usamos Manteos, como en las ciudades), y llevamos en la mano aquella Cruz de dos varas de largo, que antes dije; van con nosotros los cuatro enfermeros del pueblo, a los cuales llaman Cuuzuyá, que quiere decir crucíferos, porque cada uno lleva su Cruz de dos varas".

9. "*Un sujeto que, poco ha, ha venido de Buenos Aires a Roma*". Hemos recorrido todos los Registros navieros o Embarques de pasajeros, que existen en el Archivo General de la Nación, correspondientes a los años 1780-1785, pero no hemos podido dar con el sujeto que de Buenos Aires pasó a Roma. Todos los que en dichos años partieron a Europa, fueron a España. Desde este país, y no directamente desde Buenos Aires, pasaría a Roma el dicho sujeto. Si no es el mismo ex-vice-rey del Perú, Manuel de Guirior, ni su esposa la Virreina, debió de pasar de Madrid a Roma, a fines de 1782 o principios de 1783, alguno de los que formaban su comitiva. Lo dicho se colige de la carta que, a 5 de septiembre de 1782, escribió Sor María Antonia al Padre Juárez, residente en Roma: "también remití con dicha señora Virreina tres onzas de oro para que, tomando Vuestra Merced para sí dos onzas para suplirse en sus urgencias, la otra onza la entregue a mi confesor el padre Ventura Peralta..."

10. "*Muchos milagros, especialmente de multiplicar los víveres*". A 1º de octubre de 1788 escribía Don Isidro Lorea: "Contarle a Vm. las cosas que le han observado estando en Ejercicios, faltarle el pan a la hora de comer, la leña, la grasa y otras varias legumbres, y avisarle a ella que ni plata ni los víveres expresados había. Nada de esto le contristaba; a todo respondía con mucha fe y confianza en aquel Dios Infinito, diciendo que El lo proveerá, que no se aflijan. Luego solían, o poco después, llamar a la puerta trayendo de limosna todo lo que faltaba".

El Presbítero Miguel de Moral escribía a 2 de octubre de ese mismo año: "Sus diligencias y las de Campero fueron inútiles en La Rioja, año de 1775. Llegó la Beata y se dieron al punto siete datas seguidas; no tenía más que una tropa de novillos y aún sobró uno, y a los que decían que faltaba algo, respondía: Avisen

a la Abadesa, esto es, a la Santísima Virgen de los Dolores”.

Tres años antes, a 10 de octubre de 1785, había escrito Don Pedro Arduz: “Son cinco años ha, que sin interrupción, da los Ejercicios de a 150 a 200 más o menos personas sin fondos y con abundancia y regalo, gastando anualmente más de 30 mil pesos sin saber de dónde”.

La misma Beata escribía a 26 de mayo de 1785 que “que los medios temporales para mantener los ejercitantes, tantos millares que los han tenido desde el principio hasta ahora y casi sin cesar en tantos años; para mantener los sirvientes; para pagar los alquileres crecidos de las casas grandes de Ejercicios y para otros gastos conducentes a este fin; estos medios digo, son muy visibles a todos, que son solamente de la Divina Providencia. Porque, ¿cómo podía yo, miserable, hacer todo ésto? Baste decirle que ni yo lo entiendo cómo ha ido todo, pero quien lo ve, no puede negar ser así todo verdad. Y aún le digo otra cosa más, aunque con gran confusión y vergüenza mía, aun cuando actualmente lo escribo porque se vea solamente la Providencia de Dios para acreditar los Ejercicios, como lo creo, y es que presentemente, y principalmente en esta ciudad, así superiores como súbditos desean darme gusto y servirme sin ningún reparo en mis asuntos; y no hay cosa que yo necesite, principalmente para los ejercitantes, en que con abundancia y con presteza no me sirvan y correspondan, aun las personas más acreditadas y como apreciando que yo las ocupe y como gloriándose de servirme. Es verdad que todo esto no lo hacen sino por Dios, ni yo lo digo, sino es porque sea alabada en todo Su Divina Masestad. Por esto le tengo dicho a Vd. que no es necesario que me mande ni relicarios, ni otras cosas de devoción, como me dice, para agradecer a mis bienhechores, pues éstos no necesitan de ninguna correspondencia nuestra, por las liberalidades que hacen con Dios; y si Vd. me manda, me servirá de mortificación al considerar que se privará de lo que le puede servir allá para remediar sus necesidades”.

Monseñor Marcos Ezcurra, en su *Vida de Sor María Antonia de la Paz* (3), sintetiza así estos milagros: “El primero y más visible de estos prodigios fué, como hemos dicho, esa especie de multiplicación maravillosa de los alimentos que la acompañó siem-

(3) Monseñor Marcos Ezcurra, *Vida de Sor María Antonia de la Paz*, edición póstuma copiosamente anotada por el P. Justo Beguiriztain S. J. Buenos Aires 1947.

pre. De ello dió muestras notables en esta ciudad, como las había dado en el interior.

“Las limosnas y socorros le venían generosamente, es cierto, por parte de personas que el Señor movía interiormente para ayudar su obra de reformatión y moralizadora de las costumbres, cuyos beneficios se experimentaban. Pero a veces no bastaban ellas o no venían a tiempo; entonces, para subvenir a las necesidades del momento, acudía al Señor, y su confianza en la Providencia, que era extrema, no se veía defraudada.

“En uno de estos casos había más de cien mujeres ejercitantes reunidas y la comida apenas alcanzaba para treinta. La cocinera, afligida, antes de servir, le avisó a la Madre María Antonia, y ella muy tranquila le dijo: no puede ser, hija, ha de alcanzar, Dios proveerá. Y entrando en la cocina, tomó el cucharón y empezó a servir por sí misma. Dios dió tal virtud a sus manos, que las ollas se vieron repletas, de manera que alcanzó para todos y aún sobró para dar a los pobres que venían a la puerta a buscar lo que quedaba de limosna. Ya hemos dicho que las ollas de la Madre María Antonia quedaron proverbiales y no menos su despensa. Un día faltaba el pan para un gran número de hombres que había en Ejercicios; la encargada o ecónoma vino a avisarle a la Madre que no había más pan en la alhacena o cajón destinado para guardarlo. ¡No puede ser, exclamó ella, Manuelito nos lo ha de dar, vayan a verlo! Obedeció aquélla y halló los cajones de la alhacena llenos de pan bueno y fresco.

Dios proveerá, Manuelito nos lo ha de dar [así llamaba ella al Niño Jesús], Nuestra Abadesa [la Virgen de los Dolores] nos lo proporcionará, id a pedirselo, eran las palabras usuales en estos casos, las cuales, al par que denotaban absoluta confianza en la Providencia, disimulaban modestamente el don de hacer milagros que Dios le había concedido.

“No menos se dice de ella el cambio o trueque de unas substancias alimenticias por otras, cuando era necesario. Una vez necesitando frutas o pasas para dar postre a sus queridos hijos retirados, de uvas, higos o duraznos que se solían traer de las provincias ya secos y preparados, fué a ver los cargueros de mulas donde las traían y las pidió a los vendedores; le dijeron que no, que lo que traían en los sacos era jabón, velas, azúcar y otros artículos de comercio diferentes, pero no lo que pedía. Insistió ella que sí, y a su porfía abrieron unos sacos que señaló y los hallaron llenos de las frutas que pedía, con grandísima sorpresa, pues no habían recibido tal cosa en su país. Así se las dieron de limosna.

“Otra vez atajó a unos vendedores frente a la puerta de su casa y les pidió frutas frescas que necesitaba para el consumo; dijéronle que no las traían, que aún no era tiempo. Replicó ella que sí, que se fijasen un poco, que le hicieran favor de mostrarle lo que traían. Por darle gusto abrieron los sacos y hallaron duraznos tempranos o pavías, donde sólo creían llevar legumbres propias del tiempo”.

11. “*Desde que los Jesuítas salieron desterrados*”. Desde Buenos Aires y a 26 de mayo de 1785 escribía María Antonia al Padre Juárez: “¿Cuáles han sido los principios?... Primeramente, en Santiago, el año de haber faltado ustedes, se comenzaron estos Ejercicios...” No al año de haber sido expulsados los Jesuítas, esto es, hacia mediados de 1768, pues fueron expulsados en julio de 1767, sino “el año” de la expulsión, o sea, entre julio de 1767 y enero de 1768, comenzó María Antonia su apostolado, primero en Santiago del Estero, Silípica, Salamina, pasando a Jujuy y Salta en 1773.

12. “*Indecible fruto de muchos*”. A 15 de enero de 1784 escribía Monseñor Sebastián Malvar, Obispo a la razón de Buenos Aires: “En agosto de 1780 se abrieron los Ejercicios en esta ciudad de Buenos Aires, que actualmente se van aún continuando con tanto fruto y aprovechamiento espiritual de las almas que nos tiene llenos de gozo; y echo de ver es obra de aquel soberano Padre de la Misericordia, y uno de los muchos caminos por donde vuelve a su redil el buen Pastor a sus ovejas. Hasta el día de la fecha pasan ya de 15 mil almas, las que hicieron los Ejercicios en esta Casa, sin que a ninguno se le haya exigido ni un dinero por los diez días de estada y abundante manutención”.

13. “*Asombro de todos*”. El ver que dos y tres veces al mes, y por espacio de seis u ocho días, se alejaban de sus hogares y de sus quehaceres cien, doscientos y hasta cuatrocientas personas, ya hombres, ya mujeres, y pasaban esos días encerrados, con escasas comodidades, y consagrados a la meditación, era para los moradores de la Buenos Aires de entonces, un hecho tan insólito como humanamente ininteligible. Un gran industrial y comerciante de la ciudad, Don Isidro Lorea, escribía estupefacto, en 1788 que “ha habido ocasión que han entrado más de cuatrocientas almas; la menos ha sido de doscientos, sin dejar de concurrir con el mismo tesón en más de nueve años que hace que está aquí”. El jesuíta paraguayo, Francisco Javier Echard, que pudo llegarse hasta Buenos Aires y ver de cerca lo que sucedía, escribía en 1785: “Nues-

tra Beata... está haciendo en esta ciudad más que cuanto los Nuestros en toda la Provincia".

14. "*Muchísimas personas de fuera*". Esta noticia es muy interesante y, sólo a la luz de la misma, se comprende que hayan podido llegar a tantos miles los que hicieron los Ejercicios Espirituales en Buenos Aires. Muchísimas personas, es verdad, los repetían cada dos o tres años, pero, aún teniendo esto presente, resulta difícil comprender que una población de sólo 18.000 habitantes pudiera, por sí sola, proporcionar tantos ejercitantes. El hecho es que los pequeños, pero abundantes, pueblos de la jurisdicción de Buenos Aires, como San Isidro, Matanza, La Ensenada, Merlo, etc., no estaban ajenos a las actividades de María Antonia.

15. "*La Excma. Virreina*". Aunque había, a la sazón, en Buenos Aires, un Virrey y lo era desde 1778 hasta julio de 1783, Juan José de Vértiz y Salcedo, la frase que comentamos no se refiere a su esposa, sino a la esposa del Virrey, del Perú General Manuel de Guirior. Este ex-mandatario llegó a Buenos Aires en 1780, con su esposa doña María Ventura Guirior, natural de Bogotá. Depuesto Guirior, de su alto cargo, por el violento y orgulloso José Antonio de Arecha, miembro del Consejo de Indias, llegó a Buenos Aires con una inmensa pesadumbre, por su inmerecido descalabro político, y tanto él, como su esposa, doña María Ventura, hallaron tanto alivio en la práctica de los Ejercicios Espirituales, que María Antonia había comenzado a dar, que se hicieron lenguas de la práctica de los mismos, y hasta influyeron grandemente sobre el Virrey Vértiz, cuyo afecto a Sor María Antonia no fué muy grande. En 6 de agosto de 1784 escribía Don Ambrosio Funes que "donde Nuestra Beata se ha dado a conocer más ha sido Buenos Aires, en cuyo lugar lleva cinco años, a la faz de toda esa Metrópoli de nuestro Virreynato, y donde la pompa y la vanidad y el poder y la bizarría de los fuertes pretendieron oponerse a su solicitud.

"Es cierto que más de dos años contuvieron el impulso de su destino; mas al fin los más se rindieron a su constancia; sin prescindir del Sr. Vértiz, que con su indiferencia o con el influjo ajeno de que fué muy devoto, no dejó de impedir lo bastante a las ejecuciones de nuestra Beata.

"El tuvo que tolerar cierta acción indecorosa pero justa de nuestra Beata, que tal vez no se atrevería a practicarla en la presencia de otro Virrey como él; pues, negándola la licencia para los Ejercicios, imbuídos de ser cosa jesuítica; oyendo esta desproporción de juicio, contestóle lo que venía al caso: le dió las espaldas y se mudó con sencillez.

“En esta ocasión cedió el imperio manifiesto, al esfuerzo oculto de una sierva humilde del Señor.

“Muy disgustada y resentida quedó de la indolencia o poca comprensión que mostraba dicho caballero a los Ejercicios de su vocación. No obstante, ya Dios la recompensó en esta parte con ventajas poco después, al arribo y tránsito de los Excelentísimos N. N. Estos caballeros tributaron tanto aprecio a N. [María Antonia] que no acertaban a dejar su compañía. Mil circunstancias preciosas concurrieron a esta dilección y amistad; el vivir calle de por medio: ser la Madama dócil, generosa y devota; haber sellado su amistad con la recepción de los Ejercicios y hallarse tan atribulados de los vejámenes que le habían irrogado en su empleo (todo erizado de contradicciones), que sólo un deleite de virtud y una compañía como la de nuestra Beata fueron capaces de distraerlos, y excusarles los tristes afectos que vaticinaban estos infortunios (ya se ve bien qué ente es el honor y lo que obra en el corazón de estos personajes). Hasta hoy dura su correspondencia epistolar, y la ha continuado de cuantas partes han pedido, siempre han acreditado gratitud”.

Así fué en efecto, y “en prueba de gratitud, como escribe el señor Enrique Udaondo, los esposos Guirior le obsequiaron a Sor María con un artístico retablo de cedro con incrustaciones de nácar, que aún se conserva en la Santa Casa de la calle Independencia, conocido por “el altar de la Virreina”.

16. “Número de 17.000 las personas que... han hecho los Ejercicios”. Así era en sólo los primeros seis o siete meses de 1780, ya que en octubre 16 de ese año, según Sor María Antonia “legaron a 30 mil los que han entrado en los Ejercicios; puede haber equivocación en este cómputo, y ser 20 mil”. Aún esta segunda cifra, si es que una y otra se refería a sola la ciudad de Buenos Aires y no a todas las ciudades, en que María Antonia había dado Ejercicios, ya que respecto a la ciudad Capital del Virreinato, ella misma escribía en enero 25 de 1783 que los ejercitantes eran “más de 25 mil”, y a 6 de diciembre del mismo año aseveraba que “en este pueblo son más de 15 mil las personas que han hecho los Ejercicios”. Un anónimo escribía en 1787 o 1788: “yo me persuado que en Buenos Aires se han dado a 70.000 los Ejercicios”.

17. “Quiso traer a España”. A fines de 1780 escribía María Antonia: “Los Ilustrísimos que actualmente se hallan aquí, a saber el de esta Ciudad y el Carmelita español de nuestra Provincia (que llegó poco más ha de un mes en tiempo de mis primeros Ejercicios) han asistido repetidas veces a las pláticas, que las han

aplaudido con tanta complacencia como lo restante de las distribuciones que seguimos interinamente.

“El primero concurrió casi solo, pero el segundo las veces que ha venido ha sido acompañado de toda o casi toda su familia, y al fin hacía lo mismo que el primero. Concluida su asistencia, sin duda en demostración del aprecio de tal obra, nos concedió indulgencias a todas las personas que participasen de ella, ejercitantes y no ejercitantes.

“Ya he expresado cuántos favores me tributó el Ilmo. de aquí, que se ha ofrecido o cuanto yo disponga de sus facultades y persona, en lo posible. Este es un buen Prelado, y por esto lo amo muy mucho.

“El nuestro es un sujeto de muchísimas circunstancias, es santo y es sabio con cuantas prendas pueda apetecerse capaces de equipararle con los Padres primitivos. Los designios que lleva para efectuarlos en nuestra Provincia son los más adecuados a un verdadero Pastor; y si no fuera por demorarme, yo le hiciera aquí una pintura de ellos; pero baste por ahora decirle que me ha propuesto regrese a su Diócesis para que juntos corramos de nuevo la Provincia, yo sin salir de mi destino y él en calidad de Pastor, Confesor y Misionero. ¿Puede darse mayor dicha?”

Don Ambrosio Funes, en carta del 6 de agosto de 1784, dirigida al Padre Juárez, después de manifestar la indiferencia con que el Virrey Vértiz miró el apostolado de Sor María, agrega que “otro personaje de mayor rango, se dedicó con atenciones más exactas a distinguirla con tal afecto y aprecio que dejó muy atrás los límites de su amistad y caridad. Fué éste el actual Arzobispo de Santiago de Gadicia, siendo Obispo de Buenos Aires.

“No hay tiempo para referir los oficios que hizo por ella. 1º, él fomentó los Ejercicios, los tomó a su propia partida con edificación extraordinaria, los cargó de indulgencias; 2º, pagó el crecido alquiler de la casa donde los tomaban; 3º, franqueó todas sus rentas, dispuso que ningún Clérigo pasase a ordenarse sin que primero certificase la Beata la conducta con que se hubiesen portado en sus Ejercicios; no faltaba sino asociarla a las funciones del Santuario; los visitaba a éstos y a los seglares mientras permanecía en ellos; la concedió Capilla y hasta el Sacramento el último y primer día que se daban; con otras mil preeminencias que ya se significarán en otra más bella ocasión, como lo indicaré luego; la quiso llevar a España y está pronto a recibirla allá.

“Pasmado su Ilustrísima con los maravillosos efectos de esta grande alma, y de los que provenía de su Misión, no tenía li-

bertad para otra cosa que para discurrir nuevas invenciones de su piedad y de política con que obsequiarla.

“Ya la asociaba al consejo, ya la llamaba para consuelo”.

El aserto de Funes, que hemos copiado, confirma lo que consigna el anónimo peruano y explica el que, en una ocasión, manifestó la misma Beata sobre su probable traslado a España. Ya, a 7 de agosto de 1780, escribía que “concluída mi carrera en América, pienso trasladarme a esos Reinos de Europa. Semejante determinación quizá la verifique dentro de poco tiempo. No obstante, pídale Vuestra Merced el dictamen correspondiente a mi confesor, que quiero experimentarlo”.

Sospechamos que ya a fines de 1780 regociaba Monseñor Malvar su traslado a una sede de España y había declarado a Sor María su determinación o su deseo de que ella también pasara a la Península.

18. “*Al año 650 escudos*”. A fines del siglo XVIII, y en el Río de la Plata, un escudo valía 5 pesos o medio doblón, y un peso, en esa época, y en cuanto a su valor adquisitivo, equivalía a unos diez pesos de nuestra actual moneda. De 30 á 40 mil pesos sería, en ese caso, lo que anualmente gastaría la Beata en su apostólica actividad.

19. “*Colegios de Religiosas de la Enseñanza*”. Esta noticia es otra de grande trascendencia para conocer el temple así espiritual como cultural de Sor María Antonia, ya que no contenta con el apostolado de los Ejercicios Espirituales, deseaba fundar, y dió los primeros pasos para fundar, Colegios para niñas. A este efecto pensó en traer de España o de Francia, de donde eran originarias, las necesarias Religiosas de la Enseñanza, esto es, de la Congregación fundada en 1607 por la Beata María Juana de Lestonnac, dirigida por el Jesuíta Padre De Bordes. En materia pedagógica, propuso hacer esta institución, que llegó a llamarse Compañía de María, en favor de las niñas, lo que la Compañía de Jesús había hecho a favor, y hacía en beneficio a los varones: proporcionarles una educación integral sobre los principios cristianos.

A mediados del siglo XVIII, y en la ciudad de Mendoza, Doña Juana Josefa de Torres y Salguero, distinguida dama cordobesa, contando con el apoyo del Padre Onofre Martorell, dió todos los pasos para fundar un Colegio de Religiosas de la Enseñanza, en dicha ciudad, pero nada se pudo hacer hasta febrero de 1780. En este año se fundó el Colegio, para el que la fundadora había dejado la suma de 34.000 pesos (como 300.000 de nuestra actual moneda, en cuanto a su valor adquisitivo), pero en vez de Reli-

giosas de la Enseñanza, que no pudieron venir de Europa, se encargaron del Colegio Religiosas Clarisas, venidas de Chile. El sólo hecho de haber María Antonia acariciado el proyecto de fundar Colegios de la Enseñanza en las ciudades del Paraguay, esto es, Río de la Plata y Tucumán, dice mucho a su favor. Sería ciertamente de gran interés el hallar el documento que, a ese fin, remitió ella a Madrid para obtener la licencia. Entre las razones que pudieron influir para que así ella, como Doña Juana Josefa, no obtuviera la gracia solicitada, sería la fama que tenían las dichas Religiosas de la Enseñanza de ser por doquier favorables a los Jesuítas.

20. "*Serias contradicciones*". "Es de admirar que esta pobre señora, escribía Isidro Lorea, en 1788, al principio, cuando vino, le hacían mil burlas por las calles, públicamente tratándola de bruja y ahora es estimada de todos y llamada a porfía de todas partes, [disputándose] quién se la ha de llevar". Como es sabido, tardó Monseñor Malvar, Obispo de Buenos Aires, nueve meses, antes de acceder a los deseos de María Antonia, por las prevenciones que contra ella alimentaba. En su informe a la Santa Sede a favor de María Antonia, fechado en Buenos Aires a 15 de enero de 1784, dice textualmente el mismo prelado: "Habiéndose dedicado la suplicante por espacio de doce años a dar Ejercicios en las ciudades y villas de la provincia del Tucumán... Llegó a esta nuestra Diócesis de Buenos Aires, a fines del año 1779, y solicitó una licencia para abrir una Casa pública de Ejercicios Espirituales. No consideramos, por entonces, oportuno condescender con sus ruegos hasta tantear y percibir la idea y fondo de esta misión. En espacio de nueve meses continuos examinamos por Nos mismo el espíritu y fines de este pensamiento..."

21. "*El Obispo de Tucumán*". Lo era Fray José Antonio de San Alberto. Llegó este prelado a Buenos Aires el 5 de septiembre de 1780, estando aún sin consagrar, y se realizó la consagración episcopal en esa ciudad, el día 17 de septiembre. El 12 de Octubre partió para Córdoba y tomó posesión de su Sede el día 30 de octubre del mismo año 1780. Como la Beata había precisamente comenzado en agosto de ese año a dar los Ejercicios en Buenos Aires y a lo más había dado dos o tres tandas, ya que en octubre sólo había dado cuatro, poco debió de impresionar al nuevo Obispo la actuación de María Antonia, pero al llegar a su Diócesis pudo informarse ampliamente de las maravillosas conversiones de que había sido divino instrumento en las ciudades de la misma, y en 1782 reclamó que, como oriunda de su diócesis, se trasladara a la

misma: "continuaré en esta ciudad hasta que Su Majestad Divina disponga de mí, no obstante que me he visto muy instada para el regreso a Córdoba por el señor Obispo de aquella, quien repetía muy a menudo en sus cartas, hasta que llegó a término de mandarme bajo de santa obediencia que luego me pusiese en camino pero, con el deseo de acertar, participé luego a este señor Obispo, bajo de cuya obediencia me hallaba, y éste se precisó a escribir al otro Señor Ilmo., diciendo que así como me había tenido detenido al principio sin darme permiso para los Ejercicios el tiempo de 9 meses, así le parecía muy regular que subsistiese en esta ciudad hasta más tiempo. Con que en esta inteligencia, yo estoy muy dispuesta a seguir hasta cuando Su Divina Majestad lo disponga; y al mismo tiempo, el procurar complacer en esta ocasión a este dicho señor Obispo, porque desde que principié con este santo ministerio ha procurado en todo él demostrarse así con su asistencia como con sus continuas visitas que hace a esta casa de los Ejercicios: con que me parece es muy regular obedecer hasta ver lo que Dios dispone.

Esto era sabido, pero ignorábase hasta ahora que el Obispo de Córdoba quería que María Antonia le precediera en su visita pastoral, "disponiendo a la gente con los Ejercicios". Inició el Prelado esa visita a 5 de mayo de 1781. Dos años después escribía: "acabamos de visitar y ver nuestra numerosa feligresía, esparcida en seiscientas y ochocientas leguas, y dividida en cincuenta y sesenta. Toda esta extensión la ocupan, de trecho en trecho, los feligreses, quienes viviendo en casas pobres, reducidas y separadas unas de otras, forman una variedad, que aunque poco vistosa y agradable, hace acordar aquellas casillas, que los antiguos monjes tenían labradas en las riberas del Jordán, o de las tiendas y pabellones de los Israelitas. Puede decirse que cada una forma un pueblo a parte, donde él solo es Padre, es Señor, es Juez, es Abogado, es Médico, es Maestro; y a la verdad, que tendría que serlo todo, si la miseria, la soledad y la falta de trato, o de instrucción, no lo tuvieran reducido a ser nada o poco lo que puede, lo que hace y lo que sabe". (4)

Monseñor San Alberto, enemigo declarado de los Jesuítas como lo pusieron en evidencia sus palabras y sus obras, fué el ins-

(4) Angel Clavero, Sch. P., *Fray José Antonio de San Alberto*, Córdoba 1944, pp. 59-60.

trumento de que más se valió Dios para secundar la obra, netamente jesuítica, iniciada, y fantásticamente llevada a cabo, por María Antonia de la Paz y Figueroa, Beata de la Compañía de Jesús.